

EL CABALLERO ARNAU I LA PRINCESA

Arnau andaba como cada día, al amanecer, para salir del pueblo, con la idea y la orden, de su amo, de vigilar los campesinos y sus tierras, y procurar que todos cumplan con sus obligaciones y trabajos, y que ningún forastero proveniente de las filas del enemigo se pudiera acercar al pueblo de Besalú.

Como cada mañana, Arnau, contemplaba como los vendedores que iban al mercado del pueblo, cruzaban el puente, en dirección contraria a la que él llevaba.

Pero este día fue diferente. El **arnau** de observar una chica, joven, que cargada con dos cestos, se dirigía hacia el pueblo. Aunque sus vestimentas eran viejas y descoloridas, la belleza de la campesina no le pasó desapercibida el caballero.

Frenó un poco el paso del caballo, para poder observar mejor aquella silueta fina, que andaba en decisión.

Aquellos que cabellos rubios, recogidos en una trenza qué le llegaba a la cintura, y de repente aquellos ojos.....

Aquellos ojos color miel, gordos, decididos, penetrantes, se cruzaron por un instante con los suyos, e hicieron su coro dejes de latir por un momento. El aturdimiento del caballero hizo que no se diera cuenta que todo el mundo lo miraba, y se apartaba para evitar colisionar con él y su caballo. Y mientras así restaba, boquiabierto, la perdía de vista entre la multitud que entraba en el pueblo.

Desde esta mañana, cada día al amanecer, salía del pueblo, cruzando el puente, con un nuevo sentimiento , uno, que nunca había conocido. Y con aquella angustia a la **estomac**, que no podía explicar ni reconocer, puesto que era la primera vez que la experimentaba, buscaba de nuevo aquellos ojos color miel, que tanto lo habían trastornado.

Porque sentía aquella inquietud, aquel deseo tan fuerte y enfermizo, de volverse a cruzar con aquellos ojos que le habían perforar lo anima?

Él, Arnau, el caballero mejor plantado del condado, tenía y poseía, todas las mujeres que quería.

Todas buscaban su pasión, su amor, sus favores, aunque él nunca había sentido, por jefe de ellas, aquel deseo y aquel nudo al estómago que sentía ahora, cuando se cruzaba con la campesina de cabellos rubios y ojos como la miel.

Él notaba que a la chica tampoco le era indiferente. Ella también lo miraba, durante unos instantes con profundidad. Pero solo era un momento. Entonces, ella desviaba la mirada con dignidad para seguir su camino hacia el pueblo.

Un día, Arnau, se atrevió a esperar la chica cuando salía de Besalú, muy acabada la venta de los productos que llevaba de casa suya, y la siguió con discreción. Cruzando

unos campos, y un bosquecillo, la chica se refugió en una caseta pequeña, humilde, donde seguramente vivía.

Afuera la casa, una mujer de mediana edad, que mucho se asemejaba a la campesina, le dirigió unas palabras, al verla llegar, en la hora que colgaba unas prendas de ropa, acabadas de lavar. Arnau sospechó que se trataba de la madre de la chica.

Algo más allá, un hombre con la piel oscura, quemadura por el sol, las manos llenas de **durícies**, y la espalda encorvada, trabajaba el campo que me cercaba la casa. Sería el padre de aquella que lo estaba robando el coro y lo anima, pensó el caballero.

Fueron días de miradas profundas que duraban unos instantes; fueron jornadas de seguirla cada mediodía, hasta cerca de casa suya, mientras su coro, en cada momento latía con más bastante, y su deseo se hacía más insistente, hasta llegar a hacerle daño.

Un día se atrevió, y Arnau paró a la chica, a medio camino de casa suya, posándose con el caballo delante para cortarle el paso, y obligándola a mirarlo los ojos, esta vez, sin darle opción de apartar la mirada, ni de huir.

La campesina, pero, tampoco hizo ningún intento de apartarlo. Incluso parecía, que le gustaba bastante la situación descarada del caballero.

Sin saber como, se encontró hablando con ella de manera dulce, tierno, respetuosa. Le preguntó quién era, con quien vivía, que hacía. La acompañó hasta cerca de casa suya, mientras la chica, despierta y entregada al juego de Arnau, reía por debajo la nariz, sin dejar de mirarlo de reojo. Y la despidió con una sonrisa sincera y con una alegría para sus adentros, a la que no le pudo posar nombre, puesto que nunca había experimentado aquel sentimiento. Tampoco pudo averiguar el nombre de su campesina. De hecho, ella nunca, en todo el tiempo que pasaron juntos, le hizo saber. Siempre fue su campesina de Besalú.

No entendía el que estaba pasando, pensaba la chica.

De golpe un día se fijó en un caballero, que la miraba intensamente los ojos, y su coro se paró por unos instantes. Es, como si hubiera reconocido aquellos ojos, aquella mirada, a través del tiempo.

Estaba acostumbrada el asedio de los hombres, y desconfiaba particularmente, de los caballeros del condado, que solo buscaban las chicas, por su **divertiment** y placer. Ella había huido siempre de miradas inquisitivas y palabras halagadoras, de todo hombre, a pie y a caballo.

Su vida, todavía corta, pues acababa de hacer los veinte años, había sido dedicada a sus padres, al trabajo de casa, y a ir cada mañana al pueblo, cruzando el puente, con dos cestos llenos del que se recogía de los sembrados, en los campos de casa suya.

Ella sabía que ningún caballero podía desearla, más allá de cualquier pasatiempo, puesto que solo era una campesina al servicio del señor del condado. Sabía que nunca un caballero podía fijarse con una chica, que no formara parte de la clase social que residía en el castillo. Porque entonces, veía aquellos ojos con una mirada diferente? Porque entonces, escuchaba aquella voz con una dulzura que no reconocía en otros hombres? Porque entonces, el coro le decía que todo aquello que estaba pasando era real, honesto y sincero?

Poco a poco, las conversaciones entre el caballero y la chica se hicieron más largas, más profundas, más intensas.

Poco a poco, se fueron despertando unos sentimientos, que ninguno de los dos habían sentido nunca.

El **arnau** sabía perfectamente, que nadie tenía que saber de sus encuentros con la campesina, puesto que su posición, como mano derecha del amo del condado y de las tierras que lo pertenecían, no le permitían, relación alguna, con ninguna persona que no fuera de su entorno social.

Ella sabía tan mismo, que nadie tenía que saber, de sus encuentros con el caballero, puesto que no era digno de su amistad. También, era muy consciente, de que no podía posar en peligro su reputación y mucho menos la reputación de su caballero, y que nunca, él, renunciaría a su posición.

La amistad entre los jóvenes dio a la intimidad, la ternura, las caricias, el amor y la entrega, sin que sus prejuicios, sus miedos, los pudieran parar.

Así pasaron los meses, en que cada día, en la salida del mercado, Arnau esperaba a su estimada sin nombre, al escondrijo de un bosquecillo que había encontrado a medio camino de casa de la chica.

Allá, entre árboles, y preciosas flores, los jóvenes se entregaban con pasión, dejando que sus sentimientos se expresaran sin límites, y sientan como cada día que pasaba, sus coros latían más juntos, y sus almas se convertían en una suela.

Cada día sentían más, que era cómo si se conocieran de siempre, desde la eternidad del tiempo, y solo se hubieran reencontrado otra vez.

Él, nunca le prometió nada a su estimada. Sabía que no podía ofrecerle más que sus abrazos, sus besos, su coro entregado totalmente, su amor.

Ella, nada le pidió su estimado, ninguna promesa, ningún juramento. Sabía y aceptaba que solo podía vivir con ella, estos momentos de amor y plenitud, al escondrijo de aquel bosquecillo. Pero nada más le hacía falta a la campesina, nada más, que sentir el que sentía, cuando él lo abrazaba, lo estimaba, lo adoraba con las manos, con los ojos, con las palabras, con su alma.

Y así, poco a poco, la campesina sin nombre, se convirtió en la princesa del caballero

Arnau.

Y princesa, le decía siempre, entre abrazo y abrazo, entre beso y beso. En la hora que se encontraban juntos, recogidos el uno en brazos del otro, sin importar ni el pasado ni el futuro. Solo este presente, que era su regalo.

Pero llegó el día, en que Arnau tuvo que partir de repente, una noche, con sus soldados, a luchar contra unos enemigos, que intentaban conquistar el condado de Besalú, y sus tierras.

La lucha de su coro dividido, entre sus obligaciones y la muerte por su princesa, le hacía tanto de mal, que mientras que cabalgaba por los caminos de tierra, busca de la guerra, los ojos se le llenaban de lágrimas, no de miedo, sino de tristeza infinita.

No había podido despedirse de su estimada, ni un adiós, ni una palabra, ni un beso.

Cuando volvería a ver sus ojos color miel?

Cuando volvería a mimar aquella piel, tan suave, que lo volvía loco de placer?

Ella, que sabía que los soldados habían salido a la guerra, luchaba entre el floriment de sus lágrimas, y la valentía y la dignidad de su espíritu, y guardaba la esperanza de que su caballero volviera, muy pronto, en sus brazos.

Y así un día, se dio cuenta, que su vientre era lleno del fruto de aquel amor, que ahora, se encontraba bien lejos de su vida.

Arnau no volvía, y a la campesina le crecía el vientre al ritmo de aquel bebé, fruto del amor y la ternura.

A nadie pudo explicar la chica, su estado, sacado de sus padres, que con amor y compasión, aceptaron que la campesina restara en casa aquellos meses, haciendo corre la voz, de que había contraído una dolencia, y que no podía ni visitar, ni recibir visitas.

La madre, rellenándose bajo las faldas de ropa vieja y en desuso, hizo crecer su cintura, de tal manera, que todo el mundo creyó que la mujer, después de 20 años, volvía esperar una criatura.

Arnau no volvía, y la campesina pasaba los días llevando los trabajos de la casa, mientras la madre iba al mercado; y las noches de insomnio, le hablaba a su hijo, mientras mantenía la esperanza de que su caballero volvería pronto, y se lanzaría sus brazos, para explicarle la buena nueva.

Una mañana lluviosa, llegó la voz, en el pueblo, de que los defensores del condado de Besalú, habían vencido los invasores, pero que el precio que se había pagado era muy alto, puesto que muchos de los hombres que habían marchado en la guerra, nunca más volverían. Entre ellos, el caballero Arnau.

La desolación y la tristeza se apoderaron del coro de la campesina; y tan grande era su dolor, que al día siguiente de saber la noticia, el bebé, que por naturaleza todavía le

restaba algunos días para llegar a este mundo, le contrajo el vientre de tal manera, que salió, sin muy bien tiempo para avisar, y en medio de unos dolores, nada comparables, el dolor que la chica sentía en el fondo de su alma.

Y así, una noche de luna llena y con el cielo lleno de estrellas, que iluminaban con gran resplandor todo el condado, nació una niña, pequeña, de cabello oscuro como el caballero, y con unos ojos color miel, fiel refleja de los ojos de su madre.

En el ninguno de unas horas, y mientras restaba estirada a la cama, con su niño los brazos, el dolor de la chica se iba desvaneciendo, y un sentimiento de amor y dulzura lo iban llenando, y contemplaba aquel fruto que siempre más, sería una parte de aquel amor, que la guerra le había arrebatado. El amor de su caballero Arnau.

E iba sintiendo, cada vez más fuerte, una paz y una felicidad, como si una presencia, la de su estimado, estés allá, a su lado, rodeándolas a las dos.

El espíritu de Arnau, de pie, junto a su estimada, sonreía, admirando la suya filleta, y con el silencio del pensamiento y la fuerza de su coro, le hacía una promesa eterna, antes de marchar jefe su descanso:

“Te buscaré, estimada, en el espacio y en el tiempo, y un día, nos reencontraremos, para continuar juntos esta historia de amor. Entonces, cuando nos volvemos a reencontrar, cuando nos volvemos a mirar los ojos, en el puente de Besalú, te besaré intensamente, y ya no serás nunca más, mi campesina sin nombre, sino que siempre más serás, mi princesa. La princesa del caballero Arnau!”.